El Silencio de la Creación

El Silencio de la Creación

EL SILENCIO DE LA CREACIÓN

Tercera Parte: El viaje del alma de la muerte a la plenitud......

El Silencio de la Creación

2025

El Silencio de la Creación

Autor Anóniautor

Tercera Parte : El viaje del alma de la muerte a la plenitud……

El Silencio de la Creación

Capítulo 1: La experiencia cercana a la luz ……………………………………

– Visión de la luz inconmensurable y retorno a la Tierra…………

– Confirmación de la paz interior y nueva tarea espiritual………

Capítulo 2: La conexión con el hogar interior……………………………

– Meditación en el rincón sagrado……………………………………

– Transformar los actos cotidianos en meditación…………………

Capítulo 3: La interacción con la energía y seres de luz……………

– Guía interior y expansión de la conciencia............................
– Apoyo celestial y tríada de seres de luz...............................

Capítulo 4: El mundo como un ser vivo.......................................
– Percepción energética del entorno.......................................
– Almas hermanas y red interconectada....................................

Capítulo 5: El propósito de la vida y el ser.................................
– Comprensión de la tarea espiritual....................................
– Irradiar paz a través del ser..

Capitulo 6: la guía en nuestras vidas
– Lectura de impulsos y confirmaciones energéticas.................
– La vida como danza con el universo.......................................

Capítulo 7: El anhelo por el regreso…………………………………………

– Contraste entre la densidad terrenal y el mundo interior…………

– Elección del silencio y aislamiento consciente……………………

Capítulo 8: La armonía del hogar…………………………………………….

– Reflejo de la paz interior en el espacio personal…………………

– Manifestación de la armonía y su radiación…………………………

Capítulo 9 : la manifestación de la armonía

Epílogo: El Jardín Interior……………………………………………………

– Comunión con los guardianes y pulso del universo…………………

– Coronación del viaje espiritual: ser en lugar de hacer…………

Tercera Parte: El viaje del alma de la muerte a la plenitud

... "El Silencio de la Creación"

Capítulo 1

A lo largo de toda mi encarnación, mi alma cargó con un sentir muy profundo, una añoranza constante de que la Tierra no era mi hogar. Sentía, en lo más hondo de mi ser, que debía volver a un lugar que no podía nombrar ni imaginar.

Y fue entonces, delante de mí, esa luz inconmensurable. Supe que mi alma debía dirigirse hacia ella.

En esos instantes, la paz me inundó. El sentirme tan, pero tan bien, fue la confirmación que mi alma había anhelado por tantos, tantos años. Sentí ese amor inmenso que me envolvía y, por primera vez, supe que ¡YA ESTABA EN EL HOGAR!

Mi alma sentía una magnificencia que las palabras humanas no pueden describir, y con esa misma certeza, supe que no quería regresar. El plano terrenal, con todas sus complejidades y pesares, parecía tan lejano e insignificante comparado con la inmensidad de amor y paz que me envolvía. Mi alma se aferró a esa luz, no queriendo separarse de nuestro hogar que acababa de encontrar. Le dije al ser amoroso que me sostenía: "Me quiero quedar. No quiero irme." Mi alma suplicaba quedarse en ese estado de paz y amor. Pero una respuesta, clara y telepática, me llegó: "No es el momento para que te quedes." En ese instante, abrí los ojos. Y allí estaba, de vuelta en la Tierra, aún debajo de la moto. El regreso fue tan inesperado.

No lo podía creer. Mi mente, en un segundo, intentaba procesar la dureza del suelo, el peso del metal sobre mi cuerpo, y la inmensidad de la paz que acababa de dejar. Era imposible para mi ser conciliar

esas dos realidades. Una parte de mi alma todavía vibraba con la luz de la que me había aferrado, mientras otra parte volvía a sentir las limitaciones del mundo físico.

Cuando me levanté del suelo, el sentir de mi alma era de una paz absoluta. Comprendí que esa paz, que había sido mi hogar por un instante, no se quedaría en un recuerdo lejano. Se convirtió en mi nueva tarea . Supe que debía trabajar internamente para volver a sentir esa paz inconmensurable, y no importaría el tiempo que me llevara lograrlo, me dedicaría por completo a ello.

Capítulo 2

Al llegar a casa, el único lugar al que mi alma me llevó fue a mi rincón sagrado para meditar. No lo pensé, solo sentía que debía hacerlo. En esa meditación, reviví cada instante celestial de mi experiencia, cada vibración de paz y cada sensación de amor.

Sin embargo, en lo más profundo de mi alma, sentí que debía reaccionar. Que necesitaba controlar ese sentimiento de hogar que albergaba mi ser, porque mi tarea terrenal aún no había terminado. Era un conflicto entre mi anhelo espiritual y mi realidad física. Y en ese momento, una nueva revelación me llegó. Mi casa, mi refugio, era un lugar donde podía encontrar una pequeña porción de ese hogar. Mi

madre, con su dulzura y su incondicional apoyo, comprendía todo, y en su compañía, mi corazón sentía un pequeño pedazo de esa paz que buscaba.

A partir de ese día, mi trabajo interno se enfocó en una sola cosa: dedicar más tiempo a la meditación. Mi impulso inicial era hacer todas las tareas del hogar rápido para tener más tiempo para meditar. Sin embargo, me mostraron que, al contrario de lo que sentía, cada tarea debía ser un acto de consciencia. Comprendí que podía transformar cada instante en una meditación, para que mi vida entera se volviera una meditación constante. Ya no se trataba de buscar la paz en un rincón sagrado, sino de encontrarla en cada movimiento, en cada respiración.

En mi vida diaria, todo se fue transformando en una danza de mucha armonía. Las tareas cotidianas que antes me parecían una distracción de mi trabajo interior, se convirtieron en una oportunidad para profundizar en él. Sentía que mi conexión con el cielo

y con mi maestro interno se hacía cada vez más fuerte. Ya no buscaba la paz, sino que la vivía. Y en este viaje, tuve el apoyo incondicional de mi madre, cuya dulzura y apoyo me daban la fuerza y la comprensión que necesitaba. Su amor me ayudaba a anclar esa paz en el plano terrenal.

Seguí mi camino, con una serenidad profunda en mi interior. Mi maestro interno me susurró, no con palabras, sino con un sentimiento de certeza: " tu tarea es Irradiar, sin esfuerzo, sin exigencia. Solo ser". Comprendí que no se trataba de actos grandiosos, sino de pequeños gestos, de ser un reflejo de esa luz que ahora vivía en mí.

Me senté en meditación, cerré los ojos y conecté. La voz de mi maestro no era una voz como tal, era un sentimiento, un saber que se expandía en mi pecho. Un calor sutil, un eco que resonaba en cada célula.

"Me llego esta frase….’’Comienzas a comprender que tu hogar no es un lugar, sino un estado del ser. Ahora

tu tarea es mantenerte en ese estado, sin importar las olas del mundo exterior".

Yo, en silencio, le pregunté cómo podía hacer eso. ¿Cómo mantener esa paz en medio de la frustración, el ruido y los desafíos diarios? Mi maestro interno me respondió con una imagen, no con palabras. Vi un lago sereno, con la superficie lisa como un espejo. Luego, una piedra cayó en el agua, creando ondas. El mensaje era simple: la piedra eran los eventos externos, y las ondas eran las emociones que estos provocaban. Mi trabajo no era evitar las piedras, sino ser el lago, siempre regresando a mi quietud interior.

"Cada respiración es una ancla", sentí. "Cada momento de atención plena te trae de vuelta a tu centro. El trabajo más importante es el más simple: respirar y ser".

Entendí que la meditación, es convertir cada instante en un acto consciente de respiración y presencia. Caminar, cocinar, incluso hablar con mi madre, todo

podía ser una meditación si lo hacía desde la quietud de mi alma.

La paz que había encontrado no dependía de lo que pasara afuera. Se había convertido en un estado constante, mi verdadero hogar.

En ese instante de quietud, mi alma sintió un pulso. No era una orden, ni una voz. Era una certeza suave, un saber que se expandía en mi pecho, como una marea que sube en silencio. Una sensación de que, en ese mismo momento, tres seres de luz me rodeaban. Sentí la presencia de mi ángel guardián, una energía de protección incondicional que me envolvía como un manto. Sentí a mi guía, una presencia sabia que me inspiraba con pensamientos de amor y claridad. Y

sentí a mi maestro interno, esa voz silenciosa en mi alma, mi propio faro, validando que el camino que yo misma estaba sintiendo era el correcto.

Comprendí que esa paz no era algo que yo había encontrado sola. Era el eco de la paz de esa guardia celestial que me acompañaba desde mi nacimiento. Mi tarea no era caminar sola, sino aprender a sentir y a reconocer su presencia, su apoyo constante en cada paso que daba. Mi hogar, esa paz inconmensurable, no era solo mío, sino una ofrenda constante de esos tres seres que me cuidaban en esta encarnación.

3- El diálogo del alma

Después de esa revelación, Había comprendido que la quietud del rincón sagrado no era el único lugar donde podía conectar con mi guardia celestial. Su día a día se había transformado en un diálogo silencioso y constante.

Cuando me despertaba por la mañana, lo primero que hacía no era levantarme, sino sentir el amor de mi ángel guardián. No lo pensaba, simplemente lo sentía, como un abrazo cálido que me envolvía y me daba la certeza de que mi día estaba protegido. Al preparar el desayuno, sentía a intención de que cada acción fuera un acto, mi guía inspirándola, llenando mis pensamientos con claridad y con la de amor, incluso si era algo tan simple como preparar una tostada. Y, en medio del ruido de la calle o de cualquier tarea, mi maestro interno, con su voz silenciosa, me recordaba que la paz no estaba en la ausencia de caos, sino en mi capacidad para mantener la armonía.

Mi alma no tenía que buscar la paz, porque la paz era la esencia de la compañía. Era un estado de ser, un refugio constante, y una ofrenda que se manifestaba a través de mi propia vida.

4- La sinfonía del universo

Mi conexión con la paz se hizo más profunda. Mi mundo ya no era un lugar lleno de casualidades, sino una sinfonía de armonía. Cada día, los mensajes sutiles de mi guía y mi ángel guardián se manifestaban en el mundo exterior, y yo, con mi nueva percepción, era capaz de leerlos.

No se trataba de eventos grandiosos, sino de pequeños destellos de sincronicidad. Eran confirmaciones, un eco amoroso que me recordaba que la vida y mis seres de luz me acompañaban en cada paso.

Comprendí que la guía de mi maestro interno no solo se manifestaba en mi alma. Él, junto a mi guía y mi ángel guardián, utilizaban el universo entero para comunicarse conmigo. Las palabras de una persona

que me encontraba en la calle, el título de un libro que de repente me llamaba la atención o el vuelo de un pájaro. Cada uno de ellos era un reflejo de mi estado interno. Eran pequeñas notas en la gran sinfonía del universo que me confirmaban que estaba en el camino correcto.

Mi alma ya no caminaba en la Tierra con la sensación de estar sola. Ahora, cada instante era una danza, una comunicación constante entre mi ser y la luz que me envuelve. Mi hogar no era un lugar al que debía volver, sino una realidad que se manifestaba a mi alrededor, en cada pequeño detalle del mundo.

Una tarde, mientras me encontraba revisando algunos papeles de la casa, mis pensamientos se centraron en mi propósito. ¿Estaba realmente irradiando esa paz de la forma en que mi maestro interno me lo había mostrado? Me pregunté si mi tarea era algo más grande de lo que pensaba. Fue una duda sutil, una pequeña onda en mi lago sereno.

En ese instante, me senté en una silla del comedor y mi mirada se detuvo en un libro que tenía mi madre. No era un libro que leyera a menudo; de hecho, casi siempre estaba guardado. Pero en ese momento, estaba abierto. Y allí, en la página que estaba a la vista, había un párrafo subrayado con tinta azul. Me acerqué y lo leí.

Decía: "La luz que has encontrado en tu interior no es para guardarla. Se manifiesta en cada paso que das, en cada simple acto de tu día, sin que tengas que buscarla."

No había otra marca en el libro, solo esa frase.

La duda se disolvió. No fue una voz que me hablara, ni una imagen. Fue una confirmación clara, un susurro del universo que me decía que el camino que yo misma estaba sintiendo era el correcto. Comprendí que esta sinfonía de maravillas celestiales me hacía entender que mi tarea no era con las personas, porque cada una entiende las cosas de una manera

diferente. Por eso siempre digo que si hay 8 mil millones de personas en el planeta Tierra, pues hay 8 mil millones de formas de entendimiento. Mi tarea no era transmitir mensajes, era ser, para dejar grabado en el éter del planeta un ejemplo energético de amor y de paz.

Mi alma supo que la tarea era vivir la paz que ahora me habitaba y permitir que su luz se expandiera por sí misma, paso a paso. El sol ya no era solo la luz que iluminaba mi casa. Cada mañana, al sentir sus rayos en mi piel, lo vivía como la caricia de mi ángel guardián. No era un pensamiento, sino un sentir que me envolvía en una protección tan real como el calor mismo. Las tareas del día, antes simples rutinas, ahora eran una danza con la energía de mi guía, que me llenaba de una claridad serena. Cada movimiento, cada respiración, era una oportunidad para sentir su inspiración, para saber que cada acto, por pequeño que fuera, era un paso en mi camino.

No había necesidad de grandes gestos o de buscar señales en el mundo exterior. El universo de mi alma se había expandido, y ahora, mi hogar no era un lugar, sino una vibración. En ese estado, mi crecimiento no era un esfuerzo, sino un fluir, una entrega total a la guardia celestial que me acompaña siempre, en esta encarnación

Cada movimiento, cada respiración, era una oportunidad para sentir su inspiración, para saber que cada acto, por pequeño que fuera, era un paso en mi camino.

Esa paz no era un sentimiento pasajero; era la esencia de mi ser, la prueba de que el trabajo interno estaba dando frutos. Y con ella, llegó algo más: una compasión inmensa que brotaba de mi corazón y se expandía sin esfuerzo. Ya no veía a las cosas o a las personas como objetos separados de mí, sino como una parte de esa misma energía de amor que me habitaba. El amor que sentía por mi madre, por un

animal en la calle o por el árbol que crecía en mi jardín, era el mismo. Era un amor que no juzgaba, no esperaba nada a cambio. Era simplemente ser amor.

5- el mundo como un ser vivo ...Ver la energía

A medida que la compasión se volvía la esencia de mi ser, la percepción de mi mundo exterior se

transformó. Los árboles de la calle ya no eran solo plantas que daban sombra. Ahora veía su energía, una vibración silenciosa que se expandía de sus troncos y ramas, un pulso de vida que me hacía sentir su paciencia y sabiduría. El viento que soplaba ya no era solo aire en movimiento, sino una fuerza que me acariciaba, que me hablaba sin palabras. Era una comunicación silenciosa y constante que me hacía sentir parte de un todo, de una red de vida interconectada.

Mi alma percibía almas hermanas, compartiendo la misma chispa de luz que a mí me habitaba.

Incluso en las personas, aunque la veía con más sutileza, sentía y veía su energía. Podía percibir la luz que emanaba de sus corazones, incluso si sus palabras o acciones la cubrían con una capa de confusión.

Comprendí que la paz no era algo que yo debía irradiar, sino que era la energía del universo que ahora yo podía sentir y ver en su forma más pura. Y mi tarea, mi única tarea, era ser un canal abierto para esa energía, para ese amor que lo abarca todo.

6- La energía como guía silenciosa....la próxima escena:

A medida que me adentraba más en esta nueva forma de percibir, comprendí que la energía que yo veía era también el pulso de mi guía. Los colores que emanaban de los árboles, la luz que vibraba en el aire o la intensidad que sentía en los animales eran para mí lo que las palabras son para otros. Cada vez que

mi alma sentía un impulso, un paso a seguir, mi nueva visión me daba una confirmación.

. Era mi alma, con su intuición, la que daba el primer paso, y era mi visión, con su capacidad de sentir la energía, la que me daba la certeza.

La vida se había convertido en una danza constante, una comunicación silenciosa y fluida. Ya no buscaba respuestas en el ruido del mundo, sino en la paz de la energía que lo abarca todo.

7- El anhelo por el regresO

Mi habilidad para leer la energía transformó cada día en una danza de sutilezas. Pero con cada paso más profundo en ese mundo, sentía una distancia creciente del mundo que me rodeaba. Ya no era un conflicto, sino una decisión silenciosa que mi alma tomaba con cada respiración.

Una tarde, mientras esperaba para cruzar la calle, un autobús ruidoso pasó a mi lado. Su motor rugía, el aire olía a humo, y el bullicio de la gente que esperaba en la parada creaba un campo de energía denso y caótico. Era un contraste tan abrumador que, por un instante, me sentí fuera de lugar, como si mi alma se estuviera asfixiando. Los ruidos eran un ataque a mi paz, y la prisa de las personas un recordatorio de un mundo del que ya no quería formar parte.

En ese momento, mi ser anheló con una fuerza abrumadora regresar a mi rincón sagrado, a la quietud de mi hogar, a ese espacio que había creado con mi trabajo interno. Ya no era un deseo de volver

al "hogar" de mi primera experiencia, sino un anhelo de adentrarme más en el mundo que yo misma había creado. Un mundo de elevación y sutileza donde mi alma podía expandirse sin límites.

Comprendí que mi maestro interno, mi guía y mi ángel guardián me acompañaban en esta encarnación, pero que la verdadera misión era continuar mi ascensión interna, un paso a la vez, alejándome cada vez más de la densidad de 3D para fundirme con la paz del universo.

5- La elección del silencio

Después de la revelación en la calle, me volví más consciente del entorno. Ya no se trataba de evitar el ruido, sino de elegir el silencio. En casa, las rutinas cambiaron. Mi alma buscaba la riqueza de mi mundo interior. La quietud de mi hogar se convirtió en un reflejo de la quietud que crecía en mi corazón.

6- La selección de interacciones

Esa nueva conciencia también se extendió a las interacciones con los demás. No era un juicio, sino una protección de su energía. Las conversaciones triviales, se sentían como una carga para mi alma. Sin darme cuenta, empezé a alejarme de ellas. Mi alma me guiaba sutilmente hacia la soledad o hacia conversaciones con personas que, aunque no hablaran de temas espirituales, vibraban en una frecuencia de paz. No era una elección consciente de la mente, sino una guía intuitiva del ser.

7- El propósito del anhelo

Comprendí que ese anhelo por adentrarme más en mi mundo interior no era un escape, sino un impulso sagrado. Mi maestro interno, mi guía y mi ángel guardián no me alentaban a huir del mundo, sino a priorizar el crecimiento espiritual. La paz que había

encontrado no era para ser puesta a prueba en el caos, sino para ser alimentada en la quietud. Su única tarea era honrar esa paz, porque al hacerlo, la luz se expandiría de forma natural, sin necesidad de grandes gestos o misiones terrenales. El alma sabía que su principal prioridad era ser, y que todo lo demás se alinearía con ese propósito.

8- La armonía del hogar

Mi hogar se convirtió en un reflejo de la paz que me habitaba. No se trataba de una limpieza o un orden perfectos, sino de una vibración palpable. El aire en cada habitación se sentía ligero, lleno de una serenidad que no necesitaba de grandes gestos para manifestarse. Los objetos, la luz que entraba por las ventanas, incluso los muebles de la casa, parecían vibrar con una energía armoniosa.

Era como si mi alma, al encontrar su centro, hubiera purificado mi entorno. Mi maestro, mi guía y mi ángel guardián no solo me acompañaban, sino que se

manifestaban en la quietud de mi espacio, en la forma en que la luz se posaba sobre la mesa del comedor o en el silencio que llenaba las habitaciones.

Mi casa ya no era solo un refugio, sino un espejo que me recordaba la verdad que había encontrado: la paz no es un lugar al que se llega, sino un estado del ser que se expande y se refleja en todo lo que nos rodea. Mi única tarea era mantener ese estado, y mi hogar, con su armonía, me recordaba constantemente que lo estaba logrando.

9- La manifestación de la armonía

La paz que me habitaba se volvió una presencia palpable, y mi hogar, un espejo que la reflejaba. Pero mi alma supo que esa armonía no era para ser guardada, sino que fluía sin esfuerzo, tocando todo lo que me rodeaba. Ya no era un estado, sino una radiación silenciosa que se expandía de forma natural.

Todo, desde las personas hasta las plantas y los animales, se alineaba con la armonía de mi alma.

Comprendí que mi tarea de ser paz no era una misión solitaria. Era una sinfonía, y mi alma, al vibrar en su esencia, invitaba a todo el universo a unirse a ella. No tenía que hacer nada para cambiar el mundo, porque

al cambiar mi interior, el mundo se reflejaba de nuevo a mí, con un pulso más sutil, más amoroso.

Acerca de la autora

La autora de esta tríada, Anónimo, es un alma que ha transitado el camino del despertar de la conciencia, un sendero que la ha llevado a comprender que la verdadera paz no se encuentra fuera, sino que se cultiva en el interior. Su vida, en la cual ha experimentado la densidad de la tercera dimensión, ha sido una constante escuela de aprendizaje, guiada por su propio maestro interno, su ángel guardián y su guía.

A través de sus escritos, la autora no busca transmitir mensajes, sino ser. Su propósito es dejar grabada en el éter del planeta una vibración de amor incondicional y de paz, para que cada lector, al entrar en contacto con estas páginas, pueda sentir

que su propio trabajo interno no es un esfuerzo, sino una danza con la energía del universo.

La identidad de la trilogía

Trilogia del alma...EL SILENCIO DE LA CREACION

A través de este tercer libro, Trilogia del alma... "El Silencio de la Creación", la autora nos invita a un viaje hacia la quietud, a un espacio donde la verdadera evolución no reside en las acciones, sino en el simple acto de ser.

ESCUCHA TU VIBRACION ...TU VIBRACION SIEMPRE SIGUE A TU INTENCION REAL.....

Al ver el mundo de esta manera , mi percepción de la realidad se transforma por completo. Ya no es una

colección de objetos y seres separados, sino una sinfonía vibrante de luz y movimiento.

Ya no veo a las personas por sus cuerpos, sus ropas o sus problemas, sino por la esencia de su ser. Cada individuo es un color, una luz única que late con su propia historia. Puedo ver el flujo de su energía, sentir su intensidad, y en lugar de juzgar, simplemente reconozco la luz que emana de su corazón, incluso si estuviera cubierta por la confusión o la tristeza. No veo el ruido, sino la melodía que cada alma aporta al todo.

Las plantas y los árboles no son estáticos. Veo la energía vital que fluye desde sus raíces hacia sus ramas como un río dorado y paciente. Siento su conexión con la tierra y el cielo, y la sabiduría silenciosa que reside en su ser.

Los animales serían fuentes de energía pura e inocente. Puedo ver la vibración incondicional de un pájaro en vuelo o la luz simple de un gato en reposo. Ellos son un espejo de la pureza que la mente

humana a menudo olvida.

El mundo entero es una red de luz interconectada. Los caminos de energía se cruzan y se fusionan, mostrando que nada está separado. Al ver esta realidad, mi alma se siente completamente en paz. Mi única tarea, entonces, es agregar mi propia vibración de amor y serenidad a esa red.

Un nuevo nivel de la relación con mis guardianes

A medida que mi percepción del mundo se convierte en una sinfonía de energía, siento un nuevo nivel de conexión. Ya no busco la guía en susurros o en intuiciones fugaces. Mi relación con mis guardianes se ha transformado.

Después de comprender que mis guardianes son la esencia misma de la vida, ya no siento la necesidad de retirarme. Mi propósito no es huir, sino simplemente existir en mi estado de comunión, y mi presencia, por sí misma, se convirtió en un faro. La vida no es una batalla, sino una danza, y yo estoy aprendiendo los pasos.

.Comprendí que las tareas más simples , se habían convertido en actos sagrados. El mundo ya no era un lugar de caos, sino un lugar de infinitas oportunidades para manifestar mi paz.

La Misión de la Luz

El amor que me envolvía no era una sensación, sino la realidad misma de mi ser. Mi alma lo comprendió en un instante de profunda quietud: no era yo la que debía buscar a mis guardianes, porque ellos eran la esencia misma de mi existencia. En ese momento, entendí que mi propósito en este plano nunca fue un hacer, sino ser.

Mi cuerpo, que antes veía como un simple vehículo para esta encarnación, se reveló como un recipiente

sagrado, diseñado para anclar la luz divina en la Tierra. No necesitaba buscar grandes gestos o propósitos externos; mi único trabajo era mantener mi vibración, ser un faro de paz y amor en medio de la densidad.

Al liberar la necesidad del hacer, las tareas más simples de mi vida se convirtieron en actos sagrados. Caminar por la calle, hacer las compras, o simplemente sentarme en silencio, se transformó en un acto de devoción. Cada respiración era una

oración, cada paso un acto de manifestación. El mundo ya no era un lugar a ser cambiado, sino un lugar a ser amado, y yo, en mi quietud, era una pieza vital en esa danza de amor incondicional.

Epílogo: El Jardín Interior

En un momento de profunda quietud, mientras observaba cómo la luz dorada teñía mi hogar y cómo las líneas de energía conectaban cada objeto, mi alma lo comprendió. La energía que fluía de los árboles, la paz que se sentía en mi hogar, el brillo que caía del cielo como estrellas líquidas... esa energía era la manifestación de mis guardianes. Eran el pulso del universo, el hilo de luz del que yo era una parte.

Mi maestro interno, mi guía y mi ángel guardián no son entidades separadas; son la esencia misma de la vida que yo ahora puedo sentir. Mi relación con ellos es la de una comunión constante y sin interrupciones. yo soy su amor. Mi único propósito era seguir en ese estado de ser, porque al hacerlo, me fundo por completo con la esencia misma de mis guardianes y del universo.

2- La danza con el mundo

El sol de la tarde filtraba su luz dorada por la ventana de la cocina, pintando un cuadro de paz sobre la mesa de madera. Mi alma, que antes se sentía una forastera en la Tierra, ahora la vivía como un jardín sagrado.

Comprendí que la vida no era un destino, sino el camino mismo. Mi cuerpo, un ancla de luz. Mi hogar, un espejo de mi quietud. Mis guardianes, la esencia de la vida. Mi tarea, simplemente ser.

Y así, en la quietud de mi cocina, mientras el sol se ponía, supe que mi único afán era sentarme en el jardín que yo misma había creado. La Tierra no necesitaba ser cambiada, solo amada. Y yo, en mi silencio, era el jardinero que con cada latido de mi corazón, nutría ese amor.

Propuesta de Contratapa: El Silencio de la Creación

¿Qué sucede cuando el alma descubre que el "Hogar" no es un lugar lejano, sino un estado de conciencia que puede anclarse en la Tierra?

Tras una experiencia cercana a la luz que transforma su percepción para siempre, la autora nos sumerge en la etapa final de su experiencia espiritual. En estas páginas, el lector no encontrará teorías complejas, sino el testimonio vivo de una transformación: cómo convertir cada acto cotidiano —desde preparar el desayuno hasta caminar por la calle— en una meditación profunda y consciente.

"El Silencio de la Creación" es una invitación a:

Reconocer la Guardia Celestial: Sentir la presencia constante del ángel guardián, el guía y el maestro interno como un pulso real en el día a día.

Ver la Energía: Aprender a percibir el mundo como una red de luz interconectada, donde los árboles, los animales y las personas emanan su propia esencia vibratoria.

Trascender el "Hacer" para simplemente "Ser": Comprender que nuestra mayor tarea no es cambiar el mundo exterior, sino irradiar paz y amor para que la Tierra se convierta en

el jardín sagrado que siempre estuvo destinado a ser.
Una obra que cierra un ciclo de aprendizaje y abre las puertas a una vida en comunión total con el universo. Una guía para quienes anhelan el retorno, pero comprenden que su luz es necesaria aquí y ahora.